La Gaceta de Salamanca
Salamanca
19/02/17
Prensa: Diaria
Tirada: 12.947 Ejemplares
Difusión: 10.651 Ejemplares
Cód: 108520472
Página: 7
Sección: OPINIÓN Valor: 1.647,00 € Área (cm2): 410,5 Ocupación: 40,01 % Documento: 1/1 Autor: Julián BALLESTERO Núm. Lectores: 88000

• DE CALLE •

Imaginación frente a reposición

JULIÁN BALLESTERO

CUANDO invitas a un debate a un consejero de Educación del PP esperas encontrarte a un político disciplinado, de los que defienden sin pestañear las bondades de la política educativa del Gobierno de Rajoy y al mismo tiempo echan las culpas de todos los males de la enseñanza en España a las leyes aprobadas por los sucesivos ministerios socialistas.

Eso no ocurre cuando el consejero se llama Fernando Rey, un catedrático de Derecho Constitucional que acostumbra a decir lo que piensa y por tanto no respeta la sagrada norma de mentir para quedar bien. Así lo hizo en el desayuno/debate celebrado el pasado viernes en LA GACETA, en el que colaboró con cuatro desatacados profesores y cargos de la Universidad de Salamanca a esclarecer el futuro de la institución.

Su comportamiento resulta tan sorprendente que provoca la duda entre los participantes: estamos ante el consejero o ante el catedrático, ante el representante del poder o ante el colega y compañero de desgracias. Lo cierto es que Rey no acostumbra a desdoblarse y ejerce de máximo responsable de la enseñanza en Castilla y León con el mismo espíritu crítico con el que podría analizar los aciertos y los fallos de la Constitución del 78.

Escuchar a un consejero de Educación decir que sus competencias en universidades estarían mejor en manos del Estado que en las de la Junta, puede provocar perplejidad. La afirmación va contra el instinto primario de los políticos, cuya naturaleza tiende a la reivindicación continua de más atribuciones y al intento por acaparar más poder. Pero bien pensado, Rey tiene toda la razón: las autonomías no han hecho sino convertir en pueblerino el espíritu universal de la enseñanza superior, y las competencias en manos de los gobiernos regionales solo han conseguido igualar a las universidades en la mediocridad, en lugar de primar la singularidad y la excelencia.

La Universidad debe reinventarse en lugar de lamerse las heridas por los recortes del ministro Montoro

El consejero lanzó otra idea chocante cuando contestó a las quejas por lo caras que resultan las matrículas universitarias en Castilla y León. ¿Y si Salamanca optara por un concepto más elitista de su Universidad, aprovechando la fama mundial de sus estudios? ¿Y si en lugar de buscar el mayor número se optara por la calidad? ¿No se podrían aplicar unos precios de matrícula más caros para los alumnos que llegan de fuera de España?

El problema es que el planteamiento de desmarcar a Salamanca de las otras tres universidades públicas de la Comunidad choca de frente contra el concepto homogeneizador de su Consejería, empeñada en tratar por igual a instituciones desiguales por su historia, su peso en alumnos y su proyección internacional.

En cuanto al análisis de los problemas que aquejan a los estudios superiores, el consejero coincidió con el vicerrector para el VIII Centenario de la Universidad, Mariano Esteban, con el decano de Medicina, Francisco Javier García, con el catedrático de Economía Aplicada Rafael Muñoz, y con el profesor de Derecho Penal Eduardo Fabián, todos ellos participantes en el debate celebrado en LA GACETA. Para los profesores, la tasa de reposición, es decir, la limitación absoluta a la hora de contratar nuevos docentes, es lo que está destrozando la enseñanza universitaria en España. Lo cual es tan cierto como inexorable. Al menos mientras el ministro Montoro siga a los mandos de la máquina de recortar gasto.

Por lo tanto, en lugar de pelearse contra los molinos de viento, los dirigentes de la Universidad harían bien en echarle imaginación y buscar rutas alternativas para sortear la crisis. Faltan ideas revolucionarias, propuestas novedosas que saquen a la institución de ese marasmo en el que permanece varada, lamiéndose las heridas por los tijeretazos de Montoro.

Salamanca tiene a su favor el renombre mundial y el acicate de la celebración de su octavo centenario. Fiarlo todo a una nueva ley de ordenación universitaria o a la llegada de un nuevo ministro de Hacienda más benévolo puede llevar al fracaso.